

INTELIGENCIA Y MAQUINISMO

La neurología moderna asevera, sin vacilación alguna, que el rígoroso y preciso y casi milagroso automatismo del sistema nervioso, no explica todo el ser, ni podría explicarlo: por sobre ese automatismo, palpita el espíritu libre y consciente.

El dualismo que hubo de establecer a manera de dos poderes no poco contradictorios en la vida, el pensamiento y la extensión, se remonta al siglo ... XVII y alcanza su mejor desarrollo en los postulados cartesianos. Alma y cuerpo, espíritu y mundo, he aquí los dos vértices del ser. Estas antinomias, se resuelven en la ciencia moderna volviendo a una concreta realidad, es decir, al hombre mismo y sus creaciones. El ser hombre, cuyos aspectos si no aparecen como emanados de un espíritu puro, tampoco son el producto de un mero organismo o de una organización material, por perfecta que se la imagine.

De la ciencia cartesiana, emergieron los principios de las matemáticas clásicas y una "cosmovisión", que puede expresarse en estos términos: "considerar el espacio como homogéneo y afirmar que nada impide que la tierra dé vueltas alrededor del sol; eliminar la noción de fuerza, reduciendo todo a la figura y al movimiento, es decir, afirmar que no existe lo potencial en física y en metafísica, sino solamente lo actual; sustituir el mecanismo, al vitalismo en biología, y por ahí no ver en el cuerpo viviente, comenzando por el hombre, sino una máqui-

**Alejandro
Aguilar
Machado**

na, comparable a la de los autómatas".

Las anteriores afirmaciones se han desmoronado al impulso de las modernas tendencias, así de las ciencias biológicas, como la filosofía. No en vano, el visionario Bergson, conversando con su discípulo y amigo predilecto Jacques Chevallier, lanzó como un dardo de incoercible penetración, esta frase: "En el estado de cosas regido por la ley de los grandes números, el individuo se encuentra eliminado. Si el individuo no es un electrón, sino una persona, usted o yo, algo nos impide que pueda ser sacrificado; de ahí la necesidad del más allá".

Ni las máquinas ni los autómatas pueden alcanzar la más alta razón, que es la intuición penetrada de inteligencia, la cual con la libertad creadora y responsable, caracteriza al hombre. Todo el proceso artístico de la humanidad, tanto el comprendido en las artes plásticas como en las demás, está impregnado de intuiciones, de momentos inefables, que elevan el genio creador desde las tres dimensiones euclidianas, a la cuarta que las penetra, y en donde fulgura la unidad de los contrarios, con el desvanecerse de las dos categorías que limitan el concepto intelectual de nuestro tiempo: el tiempo y el espacio.

Santo Tomás pudo eludir las

dificultades que habían detenido el pensamiento de sus predecesores, incluyendo al mismo maestro suyo, Alberto El Grande. Todos ellos, conformes con el criterio de Aristóteles, consideraron el espíritu, o, mejor dicho, el alma espiritual, como la forma del cuerpo. Para el doctor Angélico, el alma es una forma sustancial en la medida en que recibe la esencia que la especifica. En el estado normal, el cuerpo y el alma dependen mutuamente, tanto para el ser como para sus operaciones.

Pero, en tratándose del ser humano, la forma misma espiritual, determina el ser, con lo que el alma espiritual, simple por su esencia, llega a ser el principio radical, único, de todos los poderes humanos. Así se logra soslayar la constante tensión entre los monistas y los dualistas, ya que el verdadero sujeto de la vida histórica es el hombre, unidad verdadera, en la que un espíritu actúa por medio de la forma transitoria y material del cuerpo, indispensable órgano, para las maravillosas operaciones comprendidas en el destino de aquél.

Acertado anduvo Francisco Bacon, al declara en su aforismo IV lo que sigue:

"No debe estrecharse el Universo hasta reducirlo a los límites del entendimiento, como han pretendido los hombres hasta ahora, sino que debe extenderse y ampliarse el entendimiento para que abarque la imagen del Universo a medida que va siendo descubierta".